

Diario de una huida

Las muertes chiquitas

MARGARITA POSADA

Planeta, Bogotá, 2019, 210 pp.

LA INTIMIDAD es un campo abierto –sobre todo la intimidad artística–. Un recorrido desde Rilke hasta Delphine de Vigan deja claro lo amplio que es el concepto de “vida privada”. Todo autor, o autora, recurre a su vida como metáfora para narrar ciertas historias; ya sea un recuerdo aparentemente gratuito, una relación o una sensación lejana, el más mínimo de los detalles puede inspirar un libro que alcance cierto grado de universalidad.

Y muchas veces, como escribe María Gainza, “uno escribe algo para contar otra cosa”. La depresión, la muerte, los entretreídos familiares o los encuentros suicidas alimentan un amplio abanico de opciones literarias. Escritores como Sylvia Plath, Al Alvarez, Vivian Gornick, Marguerite Duras, Coetzee, han abordado algunos de los temas mencionados sin poner necesariamente su nombre en el título. Ahora, decir, como leí en una reseña sobre este libro, que la depresión es un asunto del que poco se habla en público es, además de errado, inocente.

Literatura confesional, diario, ensayo personal, *Las muertes chiquitas* es un libro que se pasea por los bordes de varios géneros literarios e integra elementos del periodismo con el que Margarita Posada se consagró hace años en *SoHo*. Su escritura emana aquellas crónicas que entretuvieron al amplio público de la revista con su manera de referirse a los encuentros sexuales o la descripción de los lugares en los que estaba.

Me desboco sexualmente con tal de demostrarme que mi poder sigue intacto, sin percatarme de que no solo va a hacerme sentir mejor tener ese superpoder, sino que me destruye, como la kriptonita. (p. 66)

Esta vez, Posada lo hace hablando de su experiencia con una enfermedad que, según la Organización Mundial de la Salud, afecta a 300 millones de personas en el mundo. La depresión resulta ser la columna vertebral de este texto que recorre fragmentos específicos de

su vida. La enfermedad, acompañada por la escritura como terapia, converge junto con reflexiones y conversaciones en un libro que también habla sobre la creación literaria, sus retos, problemas, y la manera en que vive la escritora y periodista colombiana.

Hoy solo dejaré estas líneas, porque me he propuesto no cerrar el día sin escribir una línea. Es una obligación para niños de kínder, y yo con depresión soy como un niño de kínder, subnormal y con retraso, así que esto es lo que puedo hacer y no debe avergonzarme hacerlo. Soy como Ronaldo. Un *crack*, rápida, lista, calidosa. Un día me jodo y se joden los que creían que yo era la próxima promesa literaria. (p. 156)

A pesar de que muchas veces este tipo de libros despierta un afán por utilizar términos que acompañan la escritura confesional, como “sombrió”, “lúgubre”, “doloroso” y “personal”, *Las muertes chiquitas* carece de los elementos necesarios para ser una narración oscura y llena de dolor. Sobre todo porque la depresión no es necesariamente eso; al menos no la de Margarita Posada. El libro, que durante varias páginas repite la misma escena pero cambiando de país, es un recuento de lo que fue la vida de la escritora a medida que su encuentro con la depresión se volvía inevitable.

El tiempo va a marcar su ritmo siempre igual y querer saltar de este instante al siguiente solo va a generarnos más ansiedad. Es como la escritura. Un libro no se hace excepto atravesando todas las páginas en blanco a las que nos abocamos cada vez que nos sentamos a escribirlo. (p. 151)

Nos encontramos frente a una huida constante desde Cartagena hasta Estocolmo pasando por Bruselas, París, Villa de Leyva, la finca de sus padres, las casas de sus amigos o su propia habitación. Un recorrido etílico y telenovelesco con amores cortos, largos, buenos y malos en los que Posada se detiene constantemente a preguntarse cosas y reflexionar sobre las aparentes nimiedades que acompañan sus viajes. Una charla con su cama, algunos poemas sueltos, correspondencia, todos elementos narrativos que aportan para que el ritmo de la lectura no se estanque.

Y en lugar de llorar y dolerme por todo lo que estoy perdiendo y por todo lo que está sucediendo, emprenderé mi huida del dolor, primero con un viaje a Santa Marta, para terminar de escribir mi segunda novela. Luego a conocer Londres, a la Feria del Libro de Amberes y a Bruselas unas semanas, y finalmente varios meses a París, a seguir escribiendo y huyendo sistemáticamente de todo lo que duela. (pp. 39-40)

La autocomplacencia y el ego se asoman entre párrafos gracias a la mirada que Margarita le da a su vida. No teme narrarse a sí misma sin embellecer momentos en los que la crudeza es necesaria. Explora sus relaciones familiares, la figura del padre y de la madre, el rol de hija, de pareja, de jefa, hasta de madre sustituta de personajes edípicos que se pasean por sus historias: “[...] cuando lo cierto es que me pudro del pánico de aceptar que soy idéntica al borracho de mi padre a quien tanto he juzgado y a quien me he negado a perdonar desde que dejó la bebida” (p. 126).

Es precisamente esa desnudez emocional la que aleja al texto de la zozobra, pues Posada, así como en sus crónicas, no deja espacio para la glorificación de su personaje. Es ella; un ser humano con defectos, aciertos, errores, y una personalidad que puede o no gustar al lector. No es un libro que dé luces sobre la depresión de manera científica, pues se mantiene en la experiencia y el relato en primera persona. Las visitas a doctores de renombre o las reflexiones sobre el suicidio de alguien más son anécdotas que alimentan una narración centrada en Posada; en su vida privada, o lo que queda de ella. “Me invento una vida con lo poco que me queda” (p. 47).

Nicolás Rocha Cortés